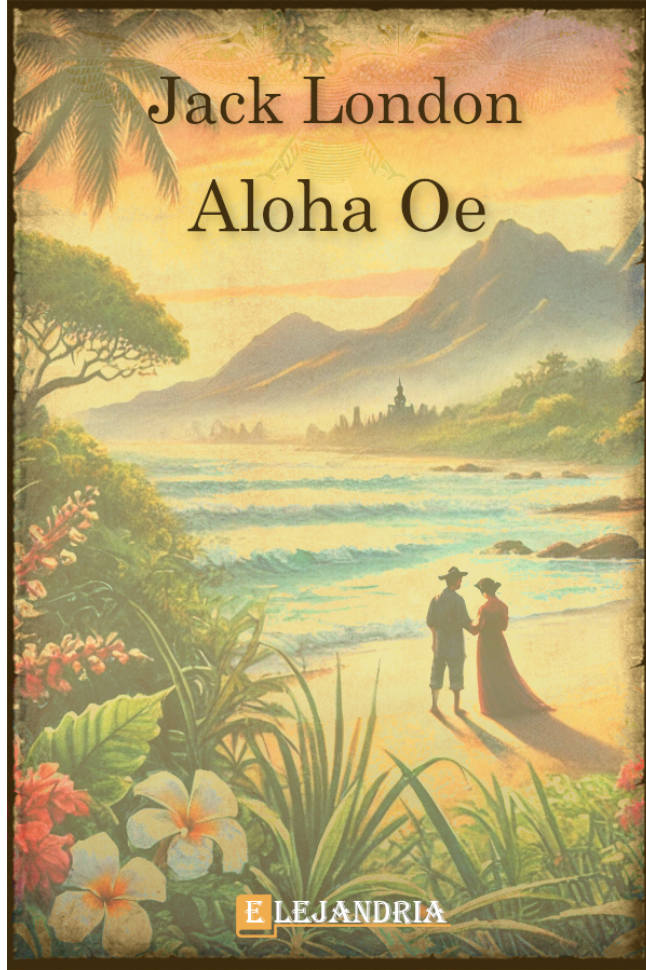
The background is a detailed painting of a tropical scene. In the foreground, there are lush green plants and large white plumeria flowers with yellow centers. A man in a dark suit and hat and a woman in a long red dress stand on a sandy beach, looking out at the ocean. The middle ground shows waves breaking on the shore. In the distance, a city with a prominent spire is visible on a hillside, with more mountains in the background under a warm, golden sky. The overall style is reminiscent of early 20th-century book cover art.

Jack London

Aloha Oe

E LEJANDRIA

Jack London
Aloha Oe



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ALOHA OE

JACK LONDON

PUBLICADO: 1908
FUENTE: AMERICANLITERATURE.COM
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

ALOHA OE

JACK LONDON

Nunca hay despedidas como las del muelle en Honolulu. El gran transporte estaba con vapor listo, preparado para zarpar. Mil personas estaban en sus cubiertas; cinco mil se encontraban en el muelle. Arriba y abajo de la larga pasarela pasaban príncipes y princesas nativos, reyes del azúcar y los altos funcionarios del Territorio. Más allá, en largas filas, mantenidas en orden por la policía nativa, estaban los carruajes y automóviles de la aristocracia de Honolulu. En el muelle, la Real Banda Hawaiana tocaba "Aloha Oe", y cuando terminó, una orquesta de cuerdas de músicos nativos a bordo del transporte retomó las mismas melodías sollozantes, la voz de la cantante nativa elevándose como un pájaro por encima de los instrumentos y el bullicio de la partida. Era una caña de plata, sonando su nota clara e inconfundible en el gran diapasón de la despedida.

Adelante, en la cubierta inferior, la barandilla estaba llena en seis filas de jóvenes vestidos de caqui, cuyos rostros bronceados contaban de tres años de campaña bajo el sol. Pero la despedida no era para ellos. Tampoco era para el capitán vestido de blanco en el alto puente, remoto como las estrellas, mirando hacia abajo al tumulto bajo él. Ni era la despedida para los jóvenes oficiales más atrás, regresando de Filipinas, ni para las mujeres de rostros pálidos

y devastados por el clima a su lado. Justo detrás de la pasarela, en la cubierta de paseo, estaba un grupo de una veintena de senadores de los Estados Unidos con sus esposas e hijas: el grupo de viaje senatorial que durante un mes había sido agasajado con cenas y vinos, saturado de estadísticas y arrastrado por colinas volcánicas y valles de lava para contemplar las glorias y recursos de Hawái. Fue por el grupo de viaje que el transporte había hecho escala en Honolulu, y era al grupo de viaje al que Honolulu estaba diciendo adiós.

Los senadores estaban adornados y engalanados con flores. El grueso cuello y el pecho corpulento del senador Jeremy Sambrooke estaban cargados con una docena de guirnaldas. De esta masa de flores y capullos sobresalía su cabeza y la mayor parte de su rostro recién bronceado y sudoroso. Consideraba las flores una abominación, y mientras miraba a la multitud en el muelle, era con un ojo estadístico que no veía ninguna belleza, sino que escrutaba el poder laboral, las fábricas, los ferrocarriles y las plantaciones que yacían detrás de la multitud y que la multitud expresaba. Veía recursos y pensaba en desarrollo, y estaba demasiado ocupado con sueños de logros materiales y de imperio como para notar a su hija a su lado, hablando con un joven vestido con un elegante traje de verano y sombrero de paja, cuyos ojos ansiosos parecían solo para ella y nunca dejaban su rostro. Si el senador Jeremy hubiera tenido ojos para su hija, habría visto que, en lugar de la joven de quince años que había traído a Hawái un mes antes, ahora se llevaba con él a una mujer.

Hawái tiene un clima que madura, y Dorothy Sambrooke había estado expuesta a él bajo circunstancias excepcionalmente propicias. Delgada, pálida, con ojos azules un tanto cansados de pasar las páginas de los libros y tratar de comprender la vida: así había sido un mes antes. Pero ahora los ojos estaban cálidos en lugar de cansados, las mejillas tocadas por el sol, y su cuerpo daba el primer indicio y promesa de líneas llenas. Durante ese mes había dejado los libros a un lado, pues había encontrado mayor alegría en leer del libro de la vida. Había montado a caballo, escalado volcanes y

aprendido a surfear. Los trópicos habían entrado en su sangre, y estaba radiante con el calor, el color y la luz del sol. Y durante un mes había estado en compañía de un hombre: Stephen Knight, atleta, surfista, un dios bronceado del mar que domaba las rompientes, saltaba sobre sus espaldas y las cabalgaba hasta la orilla.

Dorothy Sambrooke no era consciente del cambio. Su conciencia seguía siendo la de una joven, y estaba sorprendida y perturbada por la conducta de Steve en esta hora de despedida. Lo había visto como su compañero de juegos, y durante el mes él había sido su compañero; pero ahora no se estaba despidiendo como tal. Hablaba excitado y de manera desconectada, o guardaba silencio por momentos. A veces no escuchaba lo que ella decía, o si lo hacía, no respondía de su manera habitual. Le inquietaba la forma en que la miraba. No había sabido antes que tenía ojos tan ardientes. Había algo en sus ojos que aterraba. No podía enfrentarlo, y sus propios ojos continuamente se desviaban. Sin embargo, había algo atractivo en ello también, y continuamente volvía para captar un destello de ese algo ardiente, imperioso y anhelante que nunca antes había visto en ojos humanos. Y ella misma estaba extrañamente desconcertada y excitada.

El enorme silbato del transporte emitió un estruendoso pitido, y la multitud coronada de flores se acercó más al borde del muelle. Los dedos de Dorothy Sambrooke se presionaron contra sus oídos; y al hacer un gesto de disgusto por el ultraje del sonido, notó de nuevo el ardiente y anhelante brillo en los ojos de Steve. No la miraba a ella, sino a sus orejas, delicadamente rosadas y transparentes bajo los rayos oblicuos del sol de la tarde. Curiosa y fascinada, contempló ese extraño algo en sus ojos hasta que él se dio cuenta de que había sido descubierto. Vio sus mejillas enrojecer intensamente y lo escuchó balbucear inarticuladamente. Estaba avergonzado, y ella se dio cuenta de que ella misma también lo estaba. Los camareros iban de un lado a otro nerviosamente pidiendo a las personas que debían bajar a tierra que se apresuraran. Steve extendió su mano. Cuando sintió el apretón de los dedos que habían sujetado los suyos miles

de veces en tablas de surf y laderas de lava, escuchó las palabras de la canción con una nueva comprensión mientras sollozaban en la garganta plateada de la mujer hawaiana:

"Ka halia ko aloha kai hiki mai,
Ke hone ae nei i ku'u manawa,
O oe no ka'u aloha
A loko e hana nei."

Steve le había enseñado la melodía, las palabras y su significado, o eso había pensado ella, hasta ese instante; y en ese instante del último apretón de dedos y cálido contacto de palmas, adivinó por primera vez el verdadero significado de la canción. Apenas lo vio partir, ni pudo distinguirlo en la abarrotada pasarela, pues estaba sumida en un laberinto de recuerdos, reviviendo las cuatro semanas pasadas, releyendo eventos a la luz de la revelación.

Cuando el grupo senatorial había desembarcado, Steve había sido parte del comité de entretenimiento. Fue él quien les dio su primera exhibición de surf en la playa de Waikiki, remando su estrecha tabla mar adentro hasta convertirse en un punto que desaparecía, y luego, reapareciendo de repente, surgiendo como un dios del mar de entre la espuma y el blanco espumoso, elevándose rápidamente más y más alto, hombros y pecho y lomo y extremidades, hasta que se paró posado en la humeante cresta de una poderosa ola de una milla de largo, sus pies enterrados en la espuma voladora, lanzándose hacia la playa con la velocidad de un tren expreso y llegando tranquilamente a tierra a sus asombrados pies. Esa había sido su primera visión de Steve. Había sido el miembro más joven del comité, un joven de veinte años. No había entretenido con discursos, ni había brillado decorativamente en recepciones. Fue en las olas de Waikiki, en la salvaje arriada de ganado en Mauna Kea y en el corral de doma del Rancho Haleakala donde había desempeñado su parte en el entretenimiento.

A ella no le habían importado las interminables estadísticas y los eternos discursos de los otros miembros del comité. A Steve

tampoco. Y fue con Steve con quien se había escapado de la fiesta al aire libre en Hamakua, y de Abe Louisson, el plantador de café, que había hablado de café, café y nada más que café durante dos horas mortales. Fue entonces, mientras cabalgaban entre los helechos arbóreos, que Steve le enseñó las palabras de "Aloha Oe", la canción que había sido cantada a los senadores visitantes en cada aldea, rancho y plantación al partir.

Steve y ella habían estado mucho juntos desde el principio. Había sido su compañero de juegos. Ella se había apoderado de él mientras su padre estaba ocupado apoderándose de las estadísticas del territorio insular. Era demasiado gentil para tiranizar a su compañero de juegos, pero lo había gobernado abyectamente, excepto cuando estaban en canoa, a caballo o en la tabla de surf, momentos en los que él tomaba el mando y ella obedecía. Y ahora, con este último canto de la canción, mientras se soltaban las amarras y el gran transporte comenzaba a retroceder lentamente del muelle, supo que Steve era algo más para ella que un compañero de juegos.

Cinco mil voces cantaban "Aloha Oe", "MI AMOR CONTIGO HASTA QUE NOS VOLVAMOS A ENCONTRAR", y en ese primer momento de amor conocido, se dio cuenta de que ella y Steve estaban siendo separados. ¿Cuándo volverían a encontrarse? Él mismo le había enseñado esas palabras. Recordó haberlo escuchado cantar una y otra vez bajo el árbol hau en Waikiki. ¿Había sido una profecía? Y había admirado su canto, le había dicho que cantaba con tanta expresión. Rió en voz alta, histéricamente, al recordarlo. ¡Con tanta expresión!—cuando él había estado derramando su corazón en su voz. Ahora lo sabía, y era demasiado tarde. ¿Por qué no había hablado? Entonces se dio cuenta de que las chicas de su edad no se casaban. Pero las chicas de su edad sí se casaban—en Hawái—fue su pensamiento instantáneo. Hawái la había madurado—Hawái, donde la piel es dorada y donde todas las mujeres están maduras y besadas por el sol.

En vano escudriñó la multitud abarrotada en el muelle. ¿Qué había sido de él? Sentía que podría pagar cualquier precio por una mirada más, y casi esperaba que alguna enfermedad mortal atacara al solitario capitán en el puente y retrasara la partida. Por primera vez en su vida miró a su padre con ojo calculador, y al hacerlo notó con nuevo temor las líneas de voluntad y determinación. Sería terrible oponerse a él. ¿Y qué oportunidad tendría en tal lucha? Pero ¿por qué Steve no había hablado? Ahora era demasiado tarde. ¿Por qué no había hablado bajo el árbol hau en Waikiki?

Y entonces, con un gran desánimo, comprendió que sabía por qué. ¿Qué era lo que había escuchado un día? Oh, sí, fue en el té de la señora Stanton, aquella tarde cuando las damas del "Grupo Misionero" habían agasajado a las damas del grupo senatorial. Fue la señora Hodgkins, la mujer alta y rubia, quien había hecho la pregunta. La escena volvió a ella vívidamente: el amplio lanai, las flores tropicales, los silenciosos sirvientes asiáticos, el murmullo de las voces de las muchas mujeres y la pregunta que la señora Hodgkins había hecho en el grupo junto a ella. La señora Hodgkins había estado en el continente durante años, y evidentemente preguntaba por viejas amigas isleñas de sus días de soltera. "¿Qué ha sido de Susie Maydwell?" fue la pregunta que hizo. "Oh, ya no la vemos más; se casó con Willie Kupele", respondió otra mujer isleña. Y la esposa del senador Behrend rió y quiso saber por qué el matrimonio había afectado las amistades de Susie Maydwell.

"Hapa-haole", fue la respuesta; "él era mestizo, ya sabes, y nosotras en las islas tenemos que pensar en nuestros hijos".

Dorothy se volvió hacia su padre, decidida a ponerlo a prueba.

"Papá, si Steve alguna vez viene a Estados Unidos, ¿podría venir a vernos alguna vez?"

"¿Quién? ¿Steve?"

"Sí, Stephen Knight, lo conoces. Le dijiste adiós hace menos de cinco minutos. ¿No podría, si alguna vez está en Estados Unidos, venir a vernos?"

"Ciertamente que no", respondió secamente Jeremy Sambrooke. "Stephen Knight es un hapa-haole y sabes lo que eso significa".

"Oh", dijo Dorothy débilmente, mientras sentía que una desesperación helada se apoderaba de su corazón.

Steve no era un hapa-haole, lo sabía; pero no sabía que una cuarta parte de sangre tropical corría por sus venas, y sabía que eso era suficiente para ponerlo fuera del matrimonio aceptable. Era un mundo extraño. Estaba el honorable A. S. Cleghorn, que se había casado con una princesa morena de sangre Kamehameha, sin embargo, los hombres consideraban un honor conocerlo, y las mujeres más exclusivas del ultraexclusivo "Grupo Misionero" se dejaban ver en sus tés de la tarde. Y allí estaba Steve. Nadie había desaprobado que él le enseñara a montar una tabla de surf, ni que la guiara de la mano por los lugares peligrosos del cráter de Kilauea. Podía cenar con ella y su padre, bailar con ella y ser miembro del comité de entretenimiento; pero porque había sol tropical en sus venas, no podía casarse con ella.

Y él no lo mostraba. Uno tenía que ser informado para saberlo. Y era tan apuesto. La imagen de él se dibujó en su visión interior, y antes de darse cuenta, estaba disfrutando en el recuerdo de la gracia de su magnífico cuerpo, de sus espléndidos hombros, del poder en él que la alzaba ligeramente a un caballo, la llevaba a salvo a través de las rompientes atronadoras o la remolcaba al final de un bastón alpino por la escarpada cresta de lava de la Casa del Sol. Había algo más sutil y misterioso que recordaba, y que en ese momento comenzaba a entender: el aura de la criatura masculina que es el hombre, todo hombre, hombre masculino. Volvió en sí con un choque de vergüenza por los pensamientos que había estado pensando. Sus mejillas se tiñeron con la sangre caliente que rápidamente retrocedió y las dejó pálidas al pensar que nunca volvería a verlo. La popa del transporte ya estaba en el canal, y la cubierta de paseo pasaba frente al extremo del muelle.

"Ahí está Steve ahora", dijo su padre. "Despídete de él, Dorothy".

Steve la miraba con ojos ansiosos, y vio en su rostro lo que no había visto antes. Por el estallido de alegría en el rostro de él, supo que él sabía. El aire vibraba con la canción:

"Mi amor para ti.

Mi amor contigo hasta que nos volvamos a encontrar".

No hubo necesidad de palabras para contar su historia. A su alrededor, los pasajeros lanzaban sus guirnaldas a sus amigos en el muelle. Steve levantó las manos y sus ojos suplicaban. Ella deslizó su propia guirnalda sobre su cabeza, pero se había enredado en el collar de perlas orientales que Mervin, un acaudalado rey del azúcar ya mayor, había colocado alrededor de su cuello cuando él y su padre la llevaron al barco.

Luchó con las perlas que se aferraban a las flores. El transporte avanzaba constantemente. Steve ya estaba debajo de ella. Este era el momento. El siguiente momento y él habría pasado. Sollozó, y Jeremy Sambrooke la miró inquisitivamente.

"¡Dorothy!", exclamó bruscamente.

Ella deliberadamente rompió el hilo y, en medio de una lluvia de perlas, las flores cayeron al amante que esperaba. Lo miró hasta que las lágrimas la cegaron y enterró su rostro en el hombro de Jeremy Sambrooke, quien olvidó sus amadas estadísticas asombrado por las niñas que insistían en crecer. La multitud siguió cantando, la canción haciéndose más tenue en la distancia, pero aún fundiéndose con la amorosa y sensual languidez de Hawái, las palabras mordiendo su corazón como ácido por su falsedad.

"Aloha oe, Aloha oe, e ke onaona noho i ka lipo,

Un abrazo cariñoso, ahoi ae au, hasta que nos volvamos a encontrar".

1. [Aloha Oe - Jack London](#)

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**